VIII Domingo del Tiempo Ordinario, Ciclo A

CADA VEZ CREO MENOS, PERO AMO MÁS…

Padre Pedrojosé Ynaraja

Recuerdo muchas veces las clases de religión de mi quinto curso de bachillerato. Las pruebas de la existencia de Dios según Aristóteles, Descartes y Anselmo. Me río pensando en ellas. No tengo categoría intelectual para rehusarlas, pero veo que a los demás tampoco les convencen. Y es que un Dios existente pero indiferente, nos deja fríos a la mayoría. Lo que nuestro interior ansía con intensidad es un Ser que se meta en nuestro interior y nos ame con ternura e individualmente. Algo así es lo que convencería. Afortunadamente esto es lo que ocurre, si le dejamos acercarse. Pero constatarlo no es cosa de argumentos y discusiones. Es experiencia. Un enamorado seguramente ignorará el número del carnet de identidad, los dibujos de la huella digital, no tendrá ninguna fe de vida judicial, es decir, no poseerá pruebas demostrativas de que existe aquel con el que quiere unir su vida. Ni las necesitará, seguramente me respondería. El amor que siente, el que da y recibe, es la mejor prueba.

En este ambiente se mueven las lecturas del presente domingo. Isaías se refiere al amor materno. Recuerdo yo como si fuera ahora, el que me tuvo mi madre y todavía influye en mi vida, como si ella estuviera a mi lado. Así, pero mucho más, es el del Señor. El niño no entiende porqué le llevan al colegio, porqué le administran una medicina o le insisten en que coma bien, se levante temprano o duerma. Se hace mayor y reconoce el valor que tenía aquello que le molestó y se siente agradecido y goza porque las normas de sus padres le enriquecieron. Así, pero mucho más, es el Señor. Limitan los progenitores las aportaciones que los niños piden para comprar chucherías y a veces la criatura llora y se siente infeliz. Llega un día que está contento de no haber sido un hombre mal criado. Así, pero mucho más es el Señor.

Una de las cosas que enseñan en familia es a saber escoger. Académicamente, el estudiante también tiene que inclinarse por ciencias o letras. Nadie puede contratarse laboralmente a dos empresas, no podría acudir al trabajo simultáneamente, es evidente. Son ejemplos. En el terreno de lo trascendente ocurre algo semejante. Amar a Dios supone renunciar a múltiples apetencias. Pero vale la pena.

--Cuando uno dispone de un capital y quiere que rinda, deberá escoger donde depositarlo. No podrá ingresarlo en dos entidades bancarias a la vez.

--Escoger siempre es una aventura y eso es uno de los goces de la existencia humana. Al que le dan todo hecho y se apropia de ello sin esfuerzo, se vuelve abúlico, aburrido y soso.

--Hay gente tan pobre tan pobre, que solo tiene dinero, decía aquel. Hay gente que no disponiendo de capital, es un artesano de su vida y llega a la madurez satisfecho de sí mismo.

--Hay gente que aceptando su vida como un proyecto de Dios, trabaja como sea, pero labora en algo provechoso para los demás, dejando que el Señor se preocupe de él y transcurre así su vida sin grades fracasos, sin derrotas insoportables. Sufriendo quebrantos, pero comprobando que Alguien cuida de él, que es su Amigo oculto, pero, a la postre, real, que es lo que importa.

Miraba yo hoy la primera violeta que he visto este año, luego los narcisos que florecen estos días, una minúscula picardía que empezaba a trepar por la pared de la iglesia, pero que ya había emitido el clamor de su existencia, abriendo una florecita. El viento los mece, la lluvia no es cosa de cada día, nadie abona estas plantas… aun así, son preciosas. Las otras, las que se cultivan forzando sus procesos, o aprisionadas en terrenos bien calculados para que reciban diariamente la máxima radiación solar, cuando las vemos, con frecuencia exclamamos: parecen de plástico. Reconocemos que por calculados que tengan sus pétalos y los colores conseguidos, carecen del encanto de la vida. Nunca se mustiarán, porque nunca han vivido.

Tanto Pablo, que se dirige a los fieles de Corinto, como Jesús, que nos habla a todos, nos advierte de un peligro muy actual, aunque en aquel tiempo no tuviera nombre específico. Al examinarnos a nosotros mismos, lo hacemos, más que con dureza, con orgullo. Y ocurre entonces que nos deprimimos. Al pensar en el mañana a todos nos ocurre a veces que tememos enfermedades incurables, agobios insoportables, quiebras inquietantes. Se dice que hay gente que se muere, de miedo a morir.

--El salmo 131 reza así: mi corazón no es ambicioso, ni mis ojos altaneros,

--No pretendo grandezas que superen mi capacidad,

--Sino que acallo y modero mis deseos, como un niño en brazos de su madre.

--No hay que ser un fresco caradura, pero tampoco un angustiado permanente.

Preocupaos, mis queridos jóvenes lectores, de las cosas del Maestro. Procurad que haya gente que le encuentre y reciba su Amor, que le consuele, que le oriente y le proteja y, mientras tanto, Él se preocupará de vosotros mismos. El salmo me lo sabía de memoria, pero para recomendároslo debía saber su número y he acudido a un programa donde he escrito la palabra corazón. El resultado ha sido que aparece en la Biblia 873, en consecuencia, me ha costado bastante encontrarlo. Os lo explico para que intuyáis de que Dios nos habla la Biblia.